

2. Varios autores: *Cien Años de Colombianidad. Hechos y Personajes del Siglo XX*, Medellín, Diario *El Espectador*, Diciembre 1999 *.

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo **

Escuela de Historia. Universidad de Los Andes
Mérida – Venezuela

El relato histórico, tanto el de los que protagonizaron los acontecimientos, como el de los que los contemplaron y el de los que lo reconstruyen, se desprende del contexto temporal que le correspondió vivir a cada uno de ellos; pero nunca sustituye a la vida misma: lo que se hizo, se presenció o se relata siempre estará en minusvalía con respecto a los propios hechos, pues ese relato dependerá de la frágil memoria, de las enclenques fuentes y siempre será tentado por la fantasía. La credulidad, las fobias, las confusiones, la ambigüedad y la escurridiza y moldeable lengua a la que estamos conceptualmente atados.

Ante esta particularidad que hace inderrotable la naturaleza contingente de la Historia, el esquema reduccionista que pretende sintetizar en ...”lo económico, político y social”... el acontecer humano, más lejano aún queda el relato de la vida que pretende recoger con sus instrumentos teóricos y metodológicos, porque al circunscribirla apenas a esos aspectos, se excluyen todos los demás.

Por todo ello, en estas fechas de transición de un milenio a otro y del siglo XX al XXI, cuando abundan los intentos de balance sobre la centuria y milenio dejados atrás y a sabiendas de que ese pretendido “balance” nunca podrá realizar *la inútil recolección de todos los hechos*, resulta imposible que todos los individuos, grupos, pueblos, comunidades, países, estados, naciones, continentes... nos lleguemos a sentir reflejados en cualquiera de esos intentos que se han hecho y harán...

Por otra parte, la Historia como conocimiento posee las limitaciones propias de la condición humana que le da su impronta a los

hechos que pretende estudiar: contingencia y pluralidad, ante las que el historiador se enfrenta con endebles arma teóricas y metodológicas, que lo que hacen es evidenciar esas limitaciones.

Esta situación, sin embargo, no implica que ella conceda una “autorización” para “improvisar” al momento de afrontar la elaboración del necesario (porque, por su intermedio, reafirmamos nuestra *consciencia de pertenecer a los antiguos*, en cuya tradición nos insertamos al nacer y a la cual nos corresponde sostener, transformar, continuar, extirpar, afirmar, negar... pero ante la que no podemos ser indiferentes en nuestra corta y efímera existencia) relato histórico, que no debe ser suplido por “cualquier cosa”; ni tampoco implica, tal situación, que se deban desechar de plano, por “inservibles”, los estudios históricos... Al contrario, esta realidad constituye un desafío para que los historiadores, conociéndola, sean capaces de diseñar teorías y establecer métodos que permitan estudiarla sistemáticamente.

Dada la señalada complejidad propia de la sociedad que genera los hechos que estudian los historiadores, se ha aceptado el reto y se han hecho propuestas para afrontarlo. De entre éstas pueden mencionarse los enfoques pluridisciplinarios en los que concurren representantes de varias ciencias humanas que someten un tema (la mujer, la enfermedad, la familia, la locura, los jóvenes, la vejez...) a la mirada de sus distintas perspectivas teórico-metodológicas; y también los enfoques plurales desde un mismo ángulo de interpretación, en los que personas vinculadas profesionalmente ofrecen análisis particulares que varían entre sí apenas en matices y tonos, en torno a un aspecto seleccionado previamente: estudiar la trayectoria histórico-historiográfica de un autor o las repercusiones históricas de un hecho, por ejemplo.

Relacionado con esta última propuesta está el ejemplar monográfico que en 104 páginas elaboró, aprovechando la aceptación de que el siglo XX finalizaba en 1999, en Diciembre de ese año, el diario colombiano *El Espectador*, alrededor de la fijación de los hechos y los

personajes que le dieron singularidad a Colombia durante el siglo XX... desde la óptica periodística.

La prensa, como fuente histórica (al igual que las demás), presenta limitaciones, las cuales podemos constatar en nuestro propio entorno temporal, en el que la transmisión radiofónica, la emisión televisiva “en vivo” o el reportaje ...”desde el lugar de los hechos”... de los diarios raramente logran que los testigos directos del suceso mismo queden conformes en cuanto a lo que presenciaron y su reseña noticiosa... además de que los periodistas se ocupan preferentemente de ciertos hechos, en desmedro de otros... que es lo que también suelen hacer los historiadores...

La conexión entre periodistas e historiadores (unos y otros pueden ser tanto meros transmisores de sucesos, como genealogistas que revelan la estructura que vincula unos hechos con otros o analistas profundos de una determinada situación... distanciándose acaso en que los primeros prefieren la proximidad del tiempo y los segundos pueden distanciarlo bastante de su presente) no es de ahora; sino de siempre... tan así que en sus orígenes griegos la palabra designaba una actividad “propia” de los periodistas de hoy: *historia* era dar testimonio y eso fue lo que empezaron a hacer Hecateo de Mileto y Herodoto de Halicarnaso: testimoniar lo que vieron, oyeron, interpretaron y supieron en los sitios que visitaban...

Por eso este trabajo periodístico titulado *Cien Años de Colombianidad*, redactado por Armando Borrero, Alfonso Carvajal, Jaime Castro, Carlos Giraldo, Germán Hernández, María Cristina Ocampo de Herrán, Sergio Ocampo Madriz, Gustavo Reyes, Alfonso Soria, Fernando Toledo, Juan Gonzalo Zapata y Bernardo Vasco es de interés para, además de los variadísimos lectores de *El Espectador*, los historiadores.

En efecto, el balance que allí se hace del siglo XX colombiano, en unos pocos de sus hechos y personajes, es lo suficientemente

heterogéneo como suele serlo la realidad misma: no apenas con liberales y conservadores se pueden entender los últimos cien años de la historia de Colombia; sino también con el café (“Historia granulada del café”: pp. 44–47), el ciclismo (“¿Una pasión que se acabó?”: pp. 40–42), la cumbia, el porro y el merecumbé (“La música, casi tan importante como el café”: pp. 15–18) y el perverso mundo de las drogas (“Narcotráfico: la multinacional de los pobres”: pp. 26–31) que ...“en menos de tres décadas cambió la estructura social del país, la tenencia de la propiedad y de la tierra, las costumbres políticas, y trastocó la escala de valores de los colombianos”... (p. 26); por eso no son sólo los políticos (Gaitán –pp. 80/82–, López Pumarejo –pp. 89/91–, Lleras Restrepo –pp. 96/98– y Marulanda– “Tirofijo” –pp. 102/104–) los personajes que sintetizan el siglo pasado; sino también Botero (pp. 76–78), García Márquez (pp. 83–85), las reinas de belleza (“Un país con una extraña monarquía. No hay trono pa’ tanta reina”: pp. 68–72) y la radio (pp. 32–35). Sólo echamos de menos al humor y a los poetas...



El Reposo. Talla directa sobre piedra de Francisco Narváez. Tomado de: José Nucete Sardi. *Notas sobre la Pintura y la Escultura en Venezuela.* Ediciones González, Caracas, 1957, p. 77.